

XXIV. LOS GOCES DEL TRABAJO

Nada como el trabajo para infundir amor a la Vida.-
Dichoso el que trabaja.- Renan.

La base de la salud y de la felicidad está en cumplir gustosamente nuestra tarea y no mirarla como enojosa servidumbre. El trabajo ha de ser estímulo y no molestia, para que la vida sea deleite y no lucha.

El trabajo, que muchos miran como maldición lanzada contra el hombre por su pecado, es, contrariamente, el camino que conduce a las cumbres de la felicidad. No es vil fatiga, sino bendita ocupación que actualiza todas nuestras energías y nos predispone al honesto esparcimiento.

El trabajo es la mayor bendición del hombre, porque la mente activa está libre de tentaciones, y por lo tanto, es el trabajo doble bendición para las mentes débiles, como lo demuestra que infinidad de gentes se salvaron de la disipación y del vicio con sólo dedicarse al trabajo.

Una carrera, oficio o empleo para el cual se tenga vocación, es un poderoso educador del carácter, por lo mucho que vigoriza todas nuestras facultades con el continuado ejercicio, y nos proporciona interesante placer, pues ley de la naturaleza es que se atrofie y destruya todo cuanto no se ejercita provechosamente, ya sea una máquina industrial, ya el cerebro humano. Pero cuando no hay vocación ni gusto por la ocupación, y el trabajo se convierte en fatigosa mecánica, pierde el hombre la flexibilidad mental y gallardía de espíritu necesarias para no considerarlo un infortunio del que espera librarse en cuanto se lo consienta la prosperidad. La historia, con sus experiencias, nos enseña que los hombres más activos son los más felices, porque, en efecto, la pereza es una tremenda maldición y el irreductible enemigo de la dicha humana, el holgazán, por caudales que posea, es el hombre más desgraciado del mundo, pues el dinero no puede sustituir de por sí al tra-

bajo. Todo hombre tiene el deber de trabajar; pero la diferencia está en si trabaja con afición, como ser inteligente, o si trabaja a disgusto con la inconsciencia de una máquina. Bien es verdad que no siempre puede el hombre escoger la ocupación más de su gusto, pero sí puede cumplirla con placentero ánimo y cordial predisposición, porque no hay trabajo tan penoso y embrutecedor que sofoque la respiración del alma.

Nunca quiso Dios que el trabajo fuese una pena, sino un goce, como sucede en las casas comerciales donde prevalecen la moralidad, la armonía y el bien, y por lo tanto, se trabaja más y mejor que en otras partes. La mente sosegada y la placentera disposición de ánimo son el capital que rinde más cuantiosos dividendos. Si vosotros y quienes os rodeen estáis contentos y sois felices atraeréis los negocios a vosotros.

Desde luego que nadie se libra en esta vida de contratiempos, tribulaciones y disgustos; pero hemos de formar el propósito de que ninguna contrariedad turbe nuestra mente ni quebrante nuestra felicidad, porque muy aflictivo es ir cargados con pesadumbres sin importancia, que nos quitan la alegría y satisfacción de la vida.

Sea como quiera vuestro negocio mercantil, echaréis de ver que ningún dispendio puede seros tan reproductivo como el de las energías empleadas en difundirla cordialidad entre el personal de vuestra dependencia, porque la suspicacia, la dureza de trato, la altanería y el excesivo rigor provocaron siempre el fracaso, y muchos dueños no prosperaron en sus negocios por la brutal y áspera manera de tratar a los dependientes, sofocando en ellos toda iniciativa, desvaneciendo sus esperanzas, matando su espontaneidad y convirtiendo el trabajo enno-blecedor en deprimente y árida servidumbre.

Ya se percatan muchos comerciantes de cuan conveniente es para ellos no sólo el bienestar, sino la felicidad de los dependientes, y comprenden que el gasto más remunerador es el empleado en beneficio de éstos, pues tanto más y mejor trabaja el hombre cuanto mayor es la recompensa moral y material que recibe por su trabajo. La actitud de la mente tiene muchísima importancia en la calidad y cantidad de nuestra labor, y si aquélla está conturbada o inquieta, no funcionará debida-

mente nuestro cerebro ni nuestras facultades darán de sí todo el fruto posible.

Si eres dependiente, no vayas a ocupar tu puesto con lastimeras predisposiciones de pereza, angustia y miseria, sino que has de adueñarte de la situación en vez de esclavizarte a ella. Sobreponete a las menudas molestias que turban la paz y la armonía y piensa que tu magnanimidad no permite que contra ti prevalezcan las fruslerías. Haz propósito de dominar el negocio y sobrepujarlo con serenidad y valentía.

La mejor política comercial será cumplir con el deber de hermo-sear y embellecer, en cuanto nos sea posible, la vida de quienes nos ayudan a llevar adelante el negocio, pues bien sabemos que no hace mucho camino sin rendirse el caballo sujeto continuamente al freno y herido por el látigo y las espuelas, mientras que resiste largas jornadas cuando lo estimulamos con suavidad de voz y blandura de trato. Por lo que toca a la influencia del cariño, no es diferente el hombre de los animales. Nadie espere que sus dependientes tengan buen ánimo para trabajar con ahínco, si se ven heridos por el espoleo de caras hoscas y el latigazo de lenguas insultantes. La energía es un aspecto del entusiasmo; y ¿cómo podrán ser entusiastas y enérgicos los dependientes envueltos en una atmósfera de melancolía y desconfianza, que recelan una granizada de improperios y denuestos cada vez que pasa el dueño por su lado?

Nada contribuirá con tanta eficacia a nuestra felicidad como la optimista costumbre de verlo todo con placentero, esperanzado y cariñoso ánimo, de suerte que ilumine el camino de la vida.

El optimismo es un grandioso credo y la filosofía más a propósito para aplicarla a la vida cotidiana. De increíble valía es la costumbre de esperar el mejor provecho de nuestro trabajo y de mirar personas y cosas bajo su más luminoso aspecto. Es la prueba de una mente sana y pura.

Dice sobre el caso Gladstone:

En el trabajo hallé mi mayor dicha. Desde muy niño contraje hábitos de laboriosidad, que en sí llevaron la recompensa.

Muchas gentes son pesimistas porque no advierten relación alguna entre la prosa efectiva de la vida y la idea de que debiera ser un continuado gozo y una perpetua complacencia, sin comprender cómo es posible libar mieles en las amargas flores de la vida. Para ellas el trabajo es una maldición.

La dificultad está en que la mayor parte de los negociantes se esfuerzan en trabajar más allá de su capacidad.

Dice sobre el particular el Dr. Tomás R. Slicer:

La infelicidad de la vida proviene de la agitación con que la llevamos. No consiste en el trabajo, sino en el tedio. El trabajo útil, intenso y bien ordenado no mata a nadie; pero la precipitación, la premura en hacer en una hora lo que exige dos es causa de infelicidad, porque el gozo deja de serlo cuando no está convenientemente regulado.

El principal objeto del trabajo es disciplinar la vida de modo que cumpla su gran finalidad, pues de eximir Dios al hombre del trabajo le hubiese quitado un capital elemento de evolución. Nervios, músculos, fibras y células de nuestro cuerpo claman por ejercicio y trabajo. Necesitan trabajar la vista, el oído, las facultades perceptivas y toda potencia mental demanda saludable actuación. Nada tan beneficioso para el hombre como no apartarse de su vocación en el trabajo cotidiano. Lo extraordinario e insólito sobreviene raras veces, y en la vida diaria es donde conviene aplicar los principios religiosos y morales que cada cual profese, porque la valía del hombre se justiprecia y aquilata según el espíritu con que lleva y cumple sus tareas cotidianas.

Inestimable beneficio para el hombre es el trabajo honrado. Salva a unos de la desesperación, libra a otros del suicidio y cual ningún otro estímulo educa y vigoriza las potencias de cuerpo y mente, por lo que no se comprende cómo algunas gentes odian, menosprecian y repugnan un elemento tan provechoso para la humanidad. La señorita Alma Tadema define la felicidad como resultado de la actuación útil de las potencias humanas completamente educadas, pues nadie puede ser feliz mientras conozca que sólo ha actualizado una mínima parte de su po-

tencialidad, y por lo tanto, no es capaz de dar de sí al mundo todo cuanto quisiera.

Cuando el hombre termina un trabajo a su entera satisfacción por lo exquisitamente acabado, se recrea en su obra y acrecienta el respeto de sí mismo. Así dice Horacio Mann:

Gracias a mis arraigadísimos hábitos de laboriosidad, fue siempre el trabajo para mí lo que para el pez el agua.

No cabe mayor felicidad que la dimanante del vigoroso ejercicio de nuestras facultades en la modalidad de trabajo adecuada a nuestra inclinación. Muy poco vale la vida sin ideal, y cuando el hombre pierde la aspiración de su vida no vive realmente, sino que tan sólo existe. En cambio, no hay hombre alguno que se fastidie y aburra cuando trabaja de conformidad con su aptitud; pues ¿cabe mayor satisfacción que la conciencia de dominar la labor emprendida y de cumplirla con acabada habilidad?

La misma naturaleza de las cosas señala que el hombre ha de hallar en el trabajo cotidiano su más viva satisfacción, su más intenso gozo y su mayor felicidad. Podrá haber atractivos que eventualmente nos satisfagan, como los viajes y excursiones, la contemplación de obras artísticas, la lectura de libros amenos, los espectáculos escénicos, el trato de los amigos, las audiciones musicales; pero sólo el amor al trabajo ordenado nos proporcionará cotidiano regocijo.

La vocación de un hombre será su gozo si pone en ella su alma y su complacencia. La consciente manifestación de nuestro carácter, el ejercicio de nuestras potencias y facultades nos darán constante satisfacción. Si nos mantenemos en perfecta normalidad emprenderemos cotidianamente nuestra labor con aquel intenso placer y anticipado gozo con que los novios ven acercarse el día de la boda.

Honda revolución experimentarían las costumbres comerciales si los dependientes de un gran establecimiento comenzaran el trabajo cada mañana con el solícito entusiasmo del artista que impaciente espera el momento de reanudar su obra, con el ahínco del literato que ansía terminar las páginas del libro, vertiendo en ellas las ideas concebidas durante el sueño de la pasada noche.

Todos debiéramos dirigirnos al trabajo diario con el gozoso afán de ver abierto el almacén, la fábrica o el despacho. Entonces nos acercaríamos a las costumbres comerciales del porvenir.

En vez de imbuir a los niños la idea de que el trabajo es una pena infligida por la dura necesidad de ganarse el pan de cada día, convendría enseñarles que la parte material y lucrativa no es la principal, sino tan sólo un mero incidente en el ejercicio de una profesión, cuyo más alto fin es el gozo que dimana de ejercerla conscientemente.

Hemos de enseñar a los niños que si obedecen a su vocación les allegará tan supremos goces como si hallasen el cielo en la tierra al hallar su verdadero lugar en la vida, porque cuando el trabajo corresponde a nuestros gustos y aficiones no hay en él aburrimiento, ni pena, ni fatiga, sino el perpetuo placer de un glorioso privilegio.

Entonces irían los jóvenes a su diaria ocupación tan alegremente como van a su deporte predilecto.